

Medellín

Y el despertar de una conciencia ecológica

Pablo Montoya*

*Escritor, activista ambiental y profesor de literatura de la Universidad de Antioquia. Su obra *Tríptico de la infamia* (2014) recibió el premio Rómulo Gallegos.

La práctica del yoga ofrece, entre otras, una revelación suprema: somos aire. Él es la base de nuestro cuerpo y nuestro ser. No conozco otra disciplina que favorezca esta conciencia con tanta claridad. El yoga enseña que somos una solidez sustentada en lo impalpable.

Esto no significa que el aire esté afuera y nosotros adentro. Que él sea una circunstancia de la que debemos aprovecharnos. Así como sucede con el agua, el fuego y la tierra, el aire (y acudo aquí a la interpretación ancestral de los elementos primordiales) no existe solo para nuestro beneficio. Se trata de comprender, más bien, que hay una relación armónica entre estos elementos y que la criatura humana, como las otras que integran la naturaleza, es un compendio asombroso de tal correspondencia. En el *Mahābhārata*, primer libro hindú donde se habla del yoga, se dice que esos elementos están en los seres como las olas en el océano.

El yoga tiene una faceta que torna más lúcida esta conciencia de sabernos aire: la meditación. Al meditar se logra entender de qué modos el aire nos habita y nosotros lo habitamos. Somos aire no para esclavizarnos, sino para liberarnos. Somos aire para unirnos y no para separarnos. Lo somos para sentir compasión hacia el otro y no para atacarlo. Lo somos para aliviarnos y no para enfermarnos.

Pero ¿qué sucede cuando esta práctica de índole terapéutica la realizamos en un medio zarandeado por la crisis ambiental? Se produce una mezcla de angustia e indignación. Un estado físico y anímico en que todo tambalea. Porque somos conscientes de que se ha instalado entre nosotros un profundo desequilibrio.

Y constatamos que nuestro aire es mórbido. Que, al ser parte de él, somos igualmente malsanos. El hecho de que la atmósfera de Medellín y su zona metropolitana esté envenenada es una prueba, tal vez la más fehaciente, de que algo en nuestro modo de pensar y actuar es equívoco.

Medellín empezó como una tacita de plata, como un valle primaveral, como una espléndida capital de las montañas. Y a pesar de su racismo y su desigualdad

permanentes, de su catolicismo intolerante y el arribismo y la jactancia de muchos de sus habitantes, su aire estaba limpio. Ahora, sin embargo, es una urbe sucia. Un conglomerado social donde millones de personas respiran cotidianamente un aire puerco.

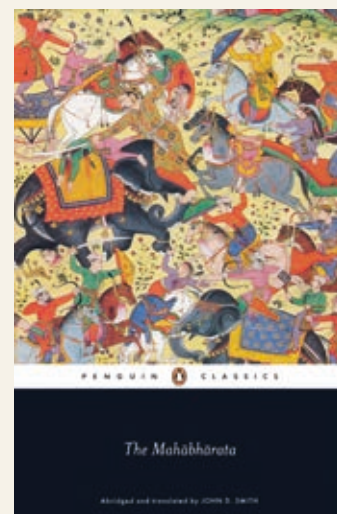
Resultan, por esta razón, vanos aquellos emisarios de la pujanza económica, política y cultural que nos quieren convencer de que Medellín es un paradigma del bienestar. Por encima de las cifras magníficas en el plano de las finanzas, y las estadísticas milagrosas en la reducción de su violencia, una ciudad que no puede ofrecerles a sus habitantes un aire amable no puede ser un paradigma para nadie. Al contrario, es una ciudad proclive a todas las sospechas y a todos los reclamos.

El vínculo aire viciado y crecimiento de dividendos bursátiles ha sido innegable en los tiempos del capitalismo neoliberal ávido que nos gobierna. Y la verdad es que nunca antes como ahora habíamos entendido tan bien que lo uno, tal como se ha implementado en el área metropolitana de Medellín, va en detrimento de lo otro.

Se nos ha enseñado, hasta el cansancio, que el dinamismo empresarial de esta parte del país es patrimonio de una especial magnificencia. Que esas personas, fomentadores en el plano de la economía y el confort de una noción discutible de progreso, son prohombres. Que ellos son un ejemplo irrefutable de que siempre vamos hacia delante y que no se debe dar un paso atrás ni para coger impulso. Nuestro proceder y nuestra mentalidad están llenos de escenarios en que la rapidez, el negocio, la ganancia por encima de cualquier cosa, se han convertido en algo así como los mejores distintivos de una identidad regional.

Medellín ha crecido bajo esos lemas dudosos y orientado por modelos urbanos errados. O al menos no aptos para una topografía que ahora vemos no como el encantador valle florido de antaño, sino como un cañón angosto estropeado por el vértigo, las humaredas y el ruido. De tal modo que su crecimiento desproporcionado, en las últimas décadas, ha sido manejado de forma irresponsable por aquellas personalidades e instituciones que dirigen nuestro rumbo.

Ante un panorama de crisis ambiental permanente, como el que muestra esta zona metropolitana, las preguntas acechan como una mortificación y como una vergüenza: ¿Cómo hemos permitido que Medellín se haya llenado y siga llenándose de aparatosos edificios de apartamentos? ¿Cómo hemos permitido que se sigan construyendo viviendas semejantes en zonas montañosas donde no deben construirse? ¿Cómo dejamos que el *lobby* inmobiliario continúe arrasando las zonas verdes, esos pocos pulmones que posee el cañón del Aburrá? ¿Y cómo hemos permitido que el espacio exiguo de esta especie de hueco se siga atiborrando de automóviles y motocicletas? ¿Por qué seguimos permitiendo que los empresarios del poderoso *lobby* automotor conciban esta región como si fuera un barril sin fondo para atiborrarlo con sus mercancías rodantes? ¿Cómo aceptamos que, por maniobras corruptas, sigan



Mahābhārata, 2009.
Cambridge: Penguin classics

circulando vehículos primitivos que lanzan emponzoñadas bocanadas de humo? ¿Por qué continuamos soportando el desdén de nuestros dirigentes hacia una rápida y eficaz implantación de transportes públicos ecológicos, de ciclovías y de aceras para el peatón? ¿Cómo seguimos aceptando que en zonas residenciales existan industrias altamente contaminantes que burlan los controles del medio ambiente?

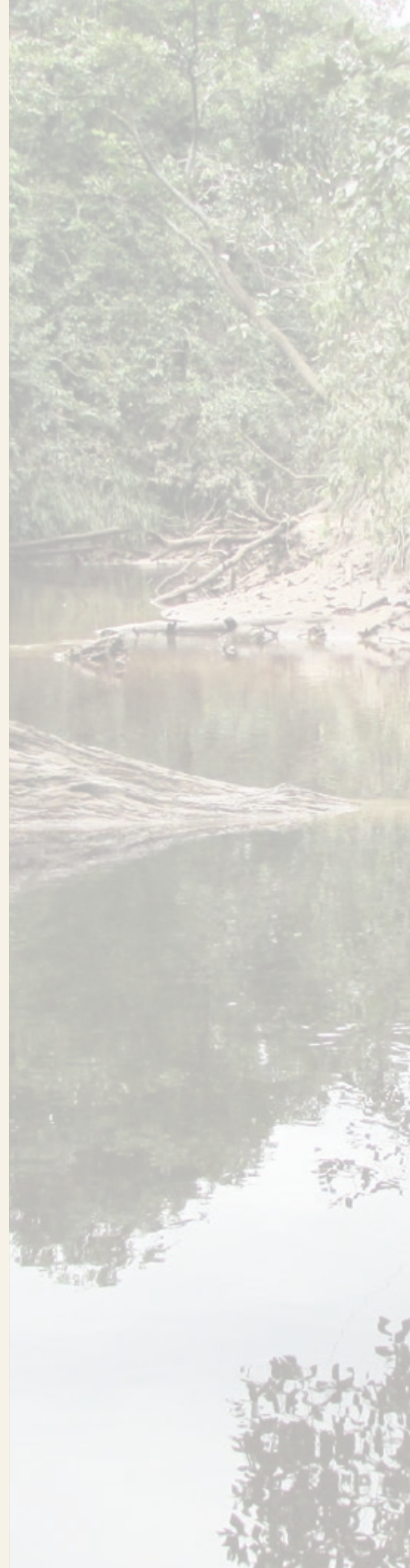
Ante estos interrogantes, que podrían continuar hasta el marasmo, habría que poner dos que son cruciales: ¿Por qué, quienes vivimos en esta parte del mundo, hemos dejado que a Medellín la haya dirigido y la sigan dirigiendo personajes tan aciagos? ¿En dónde está nuestra capacidad de reacción, como colectividad, ante un proyecto económico que ha desembocado en estas temibles crisis ambientales?

Lo que pasa en Medellín con su aire, por supuesto, no le corresponde solo a ella. Es una coyuntura que se repite en varios sitios del planeta. En eso, como en otras cosas más, por fin estamos al orden del día con los centros del poder mundial. Antes, todo nos llegaba tarde; ahora, hasta en las urgencias climáticas, somos cabalmente contemporáneos. Lo cual equivale a decir que, como en otras urbes, somos regidos por personas que aún no han entendido que atravesamos una tremenda crisis planetaria. Lo cual quiere decir, también, que el nuestro es ese sitio en el que financistas, economistas, tecnólogos, empresarios y políticos han encontrado, ante la pasividad de las gentes, las maneras de concretar la idea de que los bienes de la tierra son susceptibles de extraerse ilimitadamente.

Ahora bien, ¿cómo modificar un modelo social cuyas directrices creen que ha sido y es bueno? Y ahí están señalando, para justificarse siempre y comprobar su señorío, las grandes fortunas de sus bolsas. Y, sobre todo, ¿cómo cambiar un modelo semejante, provocador del desbarajuste de la naturaleza, cuando al desdén de los poderosos se une la falta de interés de la sociedad civil?

Con todo, ante la crisis del planeta —y Medellín es uno de esos lugares, por su situación geográfica y por las numerosas muertes diarias que produce su mal aire, donde se hace urgente una transformación—, muchas voces se están pronunciado. Una de ellas es la de Francisco, líder espiritual de una gran parte de la población humana. En su encíclica *Laudato Si' (Alabado seas): Sobre el cuidado de la casa en común*, el papa propone pautas dignas de atender. Y él lo hace porque entiende que el deber de su iglesia es resguardar la naturaleza y proteger al hombre contra la destrucción de sí mismo.

Aunque no solo está Francisco. Hay muchas personalidades, comunidades, instituciones que están llamando al despertar de una conciencia ecológica, que no es más que una de las formas de la resistencia civil. Es fundamental, dice el economista Serge Latouche, para enfrentar esta crisis, reducir el crecimiento económico, limitar la producción y el consumo,



favorecer una suerte de pausa. Tratar, en fin, de transformar la economía para que las vivamos equilibradamente con la naturaleza.

Lo que resulta elocuente, muestra de que se está produciendo una mutación positiva en nuestra conciencia, es que muchas de esas voces apuntan a la necesidad de que atendamos a las comunidades aborígenes para que ellas sean las que nos enseñen a comportarnos con tino frente a esta naturaleza ultrajada.

Luego de haber seguido, porque esos modelos de interpretación del mundo fueron impuestos a sangre y fuego, la razón aristotélica, la razón cartesiana, la razón ilustrada, la razón positivista, la razón marxista, la razón tecnocrática; y de habérsenos impuesto del mismo modo la fe de las religiones poderosas, atravesamos una época en que se hace indispensable hablar con las comunidades indígenas y conocer sus maneras de cómo tratar el aire, el agua, el fuego y la tierra.

Antes injuriados, considerados bárbaros y atrasados, casi exterminados por los imperios de procedencia europea, estamos reconociendo por fin que son estas comunidades las que han logrado convivir con la naturaleza sin denigrarla durante miles de años. Y el núcleo de su enseñanza consiste en que debemos otorgarle a la naturaleza el respeto que merece. ¿Significa esto que haya que volver a las antiguas, pero también modernas y contemporáneas formas de sacralizar la naturaleza? Responder con un sí rotundo suscitaría la burla de los ateos y los nihilistas de la industria, la economía, la política y las ciencias humanas. Pero acaso sea una consideración más alta lo que necesita la naturaleza de nuestra parte. Que pongamos el respeto y la gratitud hacia ella en un lugar más digno.

Esas mismas voces, a las que habría que agregar las de los ambientalistas adolescentes y jóvenes del mundo entero, vienen señalando la poca eficacia de las medidas que se toman frente a las crisis climáticas. En general, son medidas urgentes y parciales. Eso es lo que ha sucedido, verbigracia, con las emergencias del aire dadas en Medellín y su zona metropolitana desde 2016. Cuando de lo que se trata es de aunar fuerzas para que esas emergencias no sigan presentándose, las medidas gubernamentales las estimulan. Incluso en Medellín hay personas ocupando grandes cargos del área metropolitana, dueñas de una estulticia agresiva, que dicen que la nuestra no es ninguna crisis y que aquí, si lo quisiéramos, se podría contaminar más el aire. Ante posiciones así, es perentorio reaccionar. Debemos establecer un diálogo equitativo y cordial, pero crítico y contundente, entre los representantes de los colectivos ambientalistas, de los especialistas y estudiosos del tema (salubristas, médicos, ingenieros, economistas, urbanistas, científicos) con los exponentes de los consorcios industriales, empresariales y políticos que son, en definitiva, los mayores responsables de esta crisis.

Es urgente que exista una movilización masiva de los ciudadanos en pro de la defensa del aire, del agua y de la tierra.

Es crucial, asimismo, que en esta comunicación intervengan los maestros y profesores de todos los niveles de la educación, los líderes sociales y religiosos, los intelectuales y los artistas. Es urgente que exista una movilización masiva de los ciudadanos en pro de la defensa del aire, del agua y de la tierra. Tal movilización debe entender, de una vez por todas, que para resolver este grave problema, en el que está en juego el futuro del planeta, debemos cambiar el estilo de vida. Hay que educar en la ecología desde el seno familiar hasta las aulas universitarias. Desde los ámbitos espirituales hasta los recintos donde debaten los políticos y toman decisiones las juntas de los empresarios.

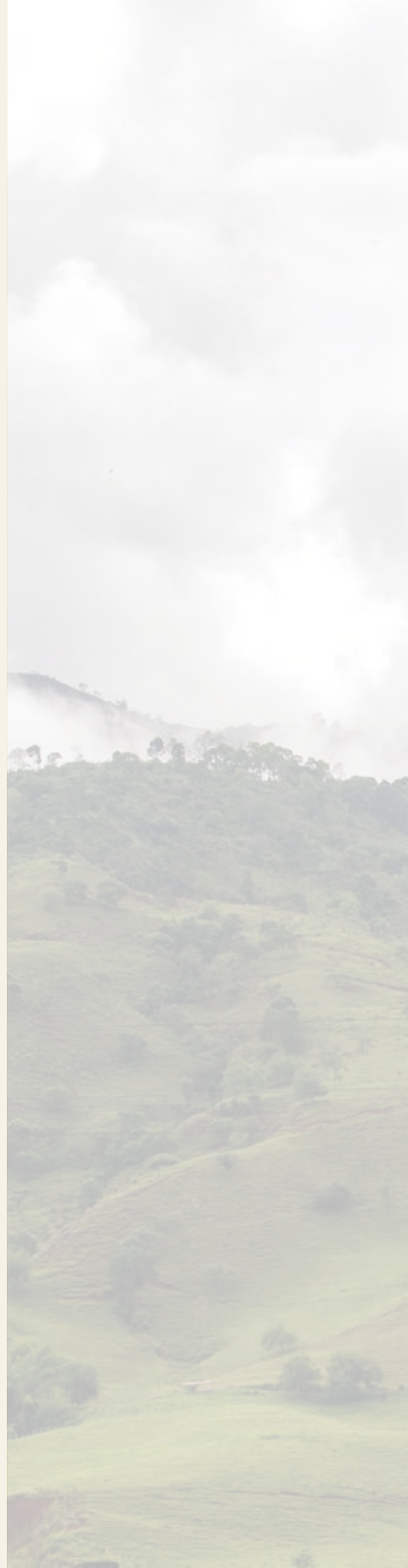
Si se cubren estos múltiples espacios, desde una militancia ecológica activa, le daremos a las nuevas generaciones una comprensión más pertinente y adecuada de conceptos como democracia, política, economía, libertad, tolerancia y derechos humanos, animales y naturales. Si queremos controlar, como dice Francisco, los daños ambientales, tendremos que controlar el poder político y económico de las regiones. ¿Lo podremos conseguir antes de que sea demasiado tarde? He aquí la pregunta fundamental que aún no sabemos si responderemos positivamente.

El aire es un bien común. Es nuestra heredad más etérea y al mismo tiempo la más cierta. Pero, así como hemos maltratado el planeta sin misericordia en los últimos dos siglos; en Medellín, en los últimos veinte años, hemos deteriorado nuestro entorno sin compasión alguna. De ser cierto lo que dice Francisco, de que al contaminar nuestra casa en común cometemos pecado, en Medellín estaríamos condenados irremediablemente al infierno.

En una coyuntura ambiental de semejantes proporciones, que oscila entre el pesimismo y el optimismo, yo que tantas veces me he amurallado tras la incredulidad en lo que tiene que ver con las cosas humanas de Medellín, he decidido inclinarme hacia la esperanza. Lo hago, en cierta medida, porque he frecuentado a un poeta romántico de Alemania en estos días recientes.

Sí, creo que la poesía sirve demasiado para los tiempos calamitosos. Creo que si nuestros dirigentes, y me refiero a aquellos que mandan en Antioquia, leyeran un poco de poesía, nuestro destino como sociedad sería menos torpe, vulgar y violento. Este poeta se llama Friedrich Hölderlin. Y hay quienes se previenen con su obra porque Hölderlin pasó una buena parte de su existencia sumido en la locura. Pero en la locura de este poeta habita, cómo podríamos negarlo, la lucidez de la que tanto urgimos.

En uno de sus libros más hermosos, *Hiperión*, se canta a la naturaleza de una manera inolvidable. *Hiperión*, me atrevo a pensarlo, es una respuesta vital, llena de luz y belleza, a la agresividad del orden social nacionalista, militarista, racionalista y cristiano que se estaba gestando en la Alemania de entonces. Como todo iluminado, Hölderlin intuyó, finalizando el siglo XVIII, que Europa iba por mal camino. Que la desacralización de la naturaleza conllevaría, tarde o temprano, a lo peor. Que la



arrogancia humana, en las cuestiones de esos poderes que hemos mencionado aquí, conduciría a una tragedia.

Hölderlin no vivió directamente tal tragedia. Esta acaecería, en su dimensión más pavorosa, a lo largo del siglo xx. Ante el desequilibrio provocado por las guerras fascistas y capitalistas, y por nuestra voracidad consumidora, Hiperión nos dice: “¡Que cambie todo a fondo! ¡Que de las raíces de la humanidad surja un nuevo mundo! ¡Que una nueva deidad reine sobre los hombres! ¡Que un nuevo futuro se abra ante ellos! En el taller, en las casas, en las asambleas, en los empleos, ¡que cambie todo en todas partes!”

El Retiro, junio de 2019 



Hiperión, 1987.
Bilbao: Hiperión